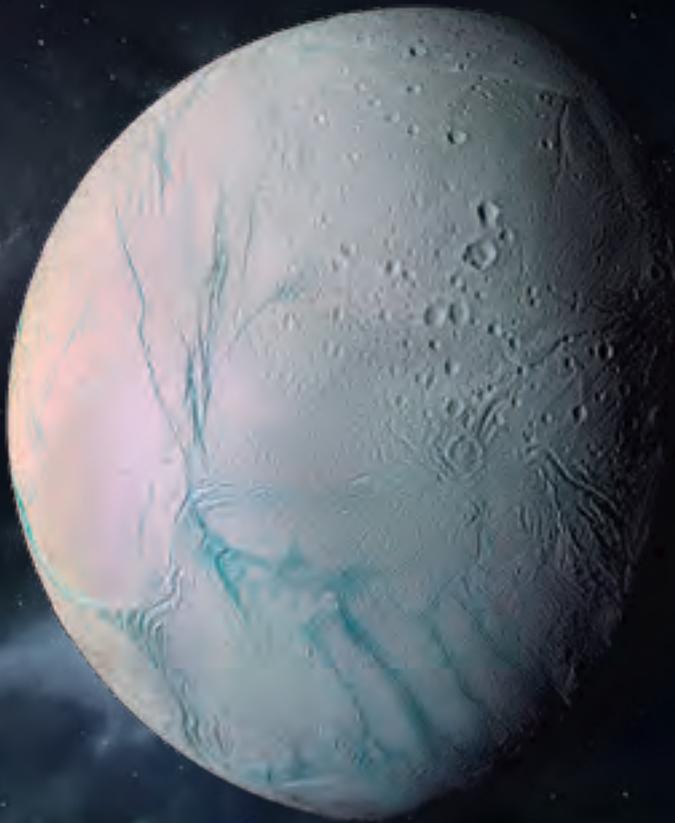


DOCE SOLES

I. ENCÉLADO



Amaya García - Alberto Mínguez

edebé

DOCE SOLES

I. ENCÉLADO

DOCE SOLES

I. ENCÉLADO

Amaya García - Alberto Mínguez

edebé

© Texto, Amaya García Arregui y Alberto Mínguez Espallargas, 2022

© de la edición: Edebé, 2022

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41

contacta@edebe.net

Dirección: Reina Duarte

Diseño de la colección: Book & Look

1.ª edición, mayo 2022

ISBN: 978-84-683-5631-0

Depósito legal: B. 296-2022

Printed in Spain

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la Ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos – www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A M.º Ángeles Arregui Sierra,
por soñar con nosotros hasta el final.*



Adventure is just bad planning.

(Atribuido a R. AMUNDSEN).

¡La culpa, querido Brutus, no es de nuestras estrellas, sino de nosotros mismos, que consentimos en ser inferiores!

W. SHAKESPEARE, *Julio César*



.....

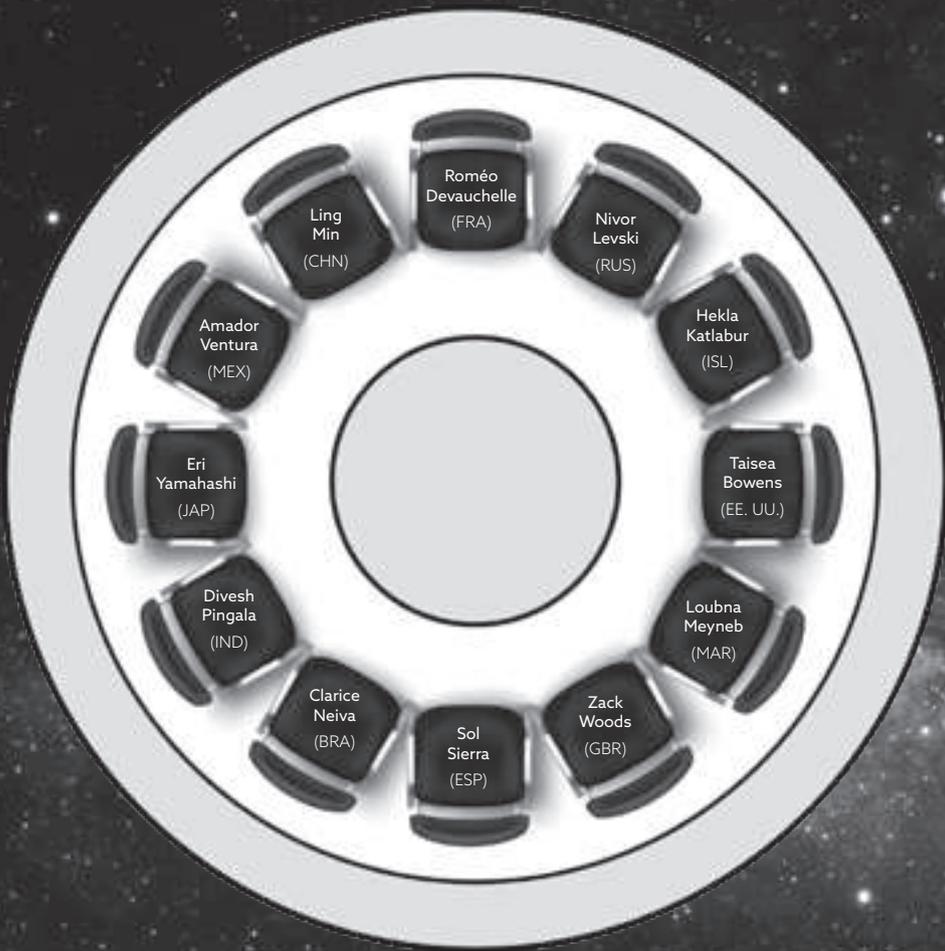
ÍNDICE

PRIMERA PARTE

I. CUENTA ATRÁS	12
II. BALDO SPIELMANN	18
III. GRAVEDAD CERO	34
IV. <i>RENDEZ-VOUS</i>	52
V. NUEVO HOGAR	74
VI. DIVIDIDOS	92
VII. LAS CLASES	109
VIII. TEORÍA DE LA CONSPIRACIÓN	131
IX. LUNAS HELADAS	146
X. <i>SEIRI</i>	160
XI. ADA Y EVA	176
XII. TRATO HECHO	201

SEGUNDA PARTE

XIII. LOS ARGONAUTAS	220
XIV. EL CONCILIO DE VENUS	238
XV. ECLIPSE	256
XVI. EL MARLÍN NEGRO	273
XVII. EL DOS POR CIENTO	290
XVIII. FRÍO FRÍO...	306
XIX. ÁBRETE, SÉSAMO	320
XX. MATRIOSKAS	336
Agradecimientos	341



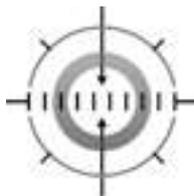
SILA V





PRIMERA PARTE

I. CUENTA ATRÁS



DIEZ.

Ahora: cierra los ojos y huye.

Mis párpados caen y chocan contra el borde inferior con un estruendo de chapa, el mismo que hacen las persianas de las tiendas cuando las bajan tras una jornada de hastío comercial. Pataclash.

Es imposible escapar. Antes había mucho alboroto en Control de Misión; ahora son mis compañeros quienes saturan el canal. El ruido me araña el cráneo. Quiero arrancarme el e-R, de cuajo, ya. Pero el casco me lo impide y no pienso ser yo la que dé un paso en falso más. No.

Además, la cabeza me da demasiadas vueltas. «Mantened la calma», han dicho los técnicos de lanzamiento. Ja, se nota que no son ellos quienes tienen el trasero amarrado a un cachivache letal. Que suban aquí y me hablen de calma.

Qué está sucediendo, qué está sucediendo, QUÉ- ESTÁ-SUCEDIENDO. Así estoy de calmada. Entramos al Sila V como quien visita un museo de ciencias naturales y de pronto nos convertimos en las bestias cautivas tras el cristal. Si esto es una broma, ha dejado de parecerlo. Cuando alguien dice «diez», mi grupo y yo contenemos la respiración. Ya no hay vuelta atrás: saldremos disparados.

NUEVE.

Como cerrar los ojos no va a servir de nada, los abro a mi pesar. El e-R zumba. Aquí el caos va en aumento. En Control de Misión, en cambio, reina el silencio. Es horrible. Me tiemblan las manos, me suda la espalda, quiero llorar. Debo serenarme, voy a serenarme: respira como cuando tranquilizas a mamá.

«Mamá»: quizá no vuelva a verla nunca. La idea se me cruza como un rayo, zas, y el rayo se convierte en pinchazo, y el pinchazo viaja hasta el pecho y se ancla ahí. Ella se lleva una alarma sonando a deshora en el bolso. Yo me llevo sus últimas palabras, «No tienes ni idea», escupidas en la cara. Ahora sí que lloro de verdad.

Mis lágrimas ruedan. Me hacen cosquillas y me aferro a eso. Hay que ver, el cuerpo sigue ahí, dale que te pego con sus manías, aunque la vida esté cerca de su fin.

Vuelvo la cabeza y la veo de nuevo: salida de emergencia bloqueada.

OCHO.

«Salida de emergencia bloqueada»: entrada al infierno, por aquí. Todo ha empezado con esa luz roja.

«Sentaos, ataos, cerrad la boca». Frases ininteligibles entre los técnicos, y nosotros calladitos, confiados. El problema es real, pero los tipos de Control lo arreglarán. Vamos a ver, cómo no van a solucionarlo, ¡si son los mejores!

Ya estamos a solo ocho segundos y la luz sigue brillando, diciéndome: «No saldrás de aquí, niña». Es de chiste. Ahogo un grito verde, como la luz que necesito para zafarme de las correas y abalanzarme hacia la salida. Pero no me oigo. Clavo, pues, la vista en la luz roja: si titilas un

instante, me desato y me largo. No sin antes atizarte, luz del diablo.

Va a sonar el siguiente y nada va a detener esto.

SIETE.

Cada número duele. Encaro la ventanilla más próxima para ver si algo se acerca: un brazo retráctil de la plataforma, un helicóptero, un equipo de rescate haciendo rapel, lo que sea. Nada. Solo entra la claridad de un húmedo mediodía tropical. La especie humana es el ser vivo más inepto: desprecia su medio y se arriesga explorando lo inhabitable. Genial.

Forcejeo con los cinturones. La boca me arde y me estoy asfixiando, el pulso se acelera. Eh, al menos no estás sola: Loubna maldice, Taisea resopla, Zack grita a pleno pulmón, Hekla trata de hablar con cualquiera de nosotros, pero nadie le responde. Roméo interpela a los técnicos en Control con la misma suerte que Hekla. Dipi y Eri sollozan, Nivor calla y Min también, Amador parece abstraído y a mi lado Clarice rechina los dientes. Qué bien, me llamo Sol por «Soledad», pero mira tú por dónde, no estoy sola en este trance. Retomo un poco el aliento antes de comprender que ya tengo el siguiente segundo encima, y el corazón se me desboca de nuevo.

SEIS.

Todo se sacude: sorpresa. Si me resistía a creer que la cosa iba en serio, el trasto se pone a vibrar como un dragón preparando su rugido de fuego. En realidad no es ninguna sorpresa. Sé muy bien dónde me encuentro y lo que experimento es un susto de muerte. Sorpresa es bueno, es me excito y me activo en un tris. Susto es malo, es una descar-

ga que recorre mi cuerpo tensándolo, rompiendo su equilibrio interior. Eso siento.

La vibración no es el único cambio. Un rumor nuevo, atronador, acompaña el traqueteo y compite con él por mi atención. Es como ir a la playa uno de esos días en que la gente está muy alterada, y las gaviotas también, y entonces viene una ola arrasando y se superpone a todo, y entre el calor y el agobio y la bulla crees que la cabeza te va a estallar. La bulla es el siseo de fondo que se oye desde el bloqueo de puertas. Las gaviotas son mis compañeros chillando, y la ola, los motores.

CINCO.

No sé cuánto podré aguantar. Reboto en el asiento. Me laten el cerebro y la garganta. El dolor del pecho crece y tengo brazos y piernas fríos, con el hormigueo ese tan tonto que da a veces en sueños. Algo me va a salir por la boca y no es una arcada: son las entrañas, por lo menos. Me muerdo aquí mismo. Fallecida incluso antes de comenzar.

Pero pienso: los otros, los otros. Eso funciona. Levanto la cabeza con esfuerzo; no es fácil cuando tu cuerpo reposa sobre la espalda, llevas un casco puesto y todo tiembla de lo lindo a tu alrededor. La vista merece la pena. Formamos un bonito círculo y con los trajes parecemos los titulares de la misión. Si observas las caras dentro de los cascos, el panorama ya es otra cosa. Las gafas de Nivor vibran tanto como los mofletes de Hekla. Casi me río. Ellos también levantan la cabeza; Levski, el ruso, como analizándolo todo, y Hekla más bien presa del pánico, con los ojos literalmente fuera de las cuencas. Pobrecillo, parece simpático. Tras el casco de Eri no hay nadie, solo unas rastas azul oscuro pegadas al visor como si, al llorar, se le hubiera mojado el pelo.

Gimotea: «¿Qué he hecho?, ¿qué he hecho?». Menuda pandilla de exploradores galácticos.

CUATRO.

Dejo caer la cabeza y con el gesto me derrumbo de nuevo. Por dentro soy una montaña rusa. Lógico. Hemos pasado de la prepotencia al terror en cuestión de minutos.

Esta ha sido la secuencia: foto imitando a nuestros héroes del espacio, risas y cachondeo; anuncio de bloqueo de puertas y activación del sistema; desconcierto en Control y más risas en el vehículo, como en los simulacros del colegio; bronca de los supervisores, algunos fuera de sí, y las caras de mis compañeros palideciendo una a una; Amador agarrándose a un sillón a cámara lenta, los demás precipitándose hacia la puerta para intentar forzarla; gritos por todos lados, alguien que nos ordena sentarnos y atarnos; todos en posición menos Loubna, aún de pie aporreando la puerta, los técnicos a grito limpio con ella y ella contestando a patadas; Loubna volviéndose y mirándonos con odio, sentándose al fin; un largo momento de espera, parálisis, fe ingenua; los asientos reclinándose, últimos reniegos en Control y una voz rota anunciando por el e-R que ya va a empezar la dichosa cuenta.

Luego el silencio, un silencio de adultos enterrando a niños. Vamos a sucumbir aquí dentro y ellos tendrán esa foto para la posteridad.

¿Por qué han tenido que dejarnos solos?

TRES.

Al pensar «solos», me siento observada. Miro a la izquierda y me topo con Clarice, que se ha vuelto hacia mí y estira el brazo como para alcanzarme. Clarice es de esas personas

a quienes no te atreves a sostenerles la mirada. Y parece mayor de lo que es. Pero ahora..., no sé qué quiere ni qué hace. Está casi llorando. Su brazo sigue tendido. ¿Qué...? Esto sí es una sorpresa.

De un arrebato estiro la mano y casi podemos tocarnos. Veo el agradecimiento en su rostro, aunque en sus ojos aún se lee el miedo.

DOS.

Me meto en su mirada y ella en la mía. Quiero decir que mirarnos es como estar abrazadas. Si el tiempo se dilataba poco a poco, ahora se ha parado de golpe. Ya no me importa la luz roja ni siento mi cuerpo en modo alguno. Tampoco oigo el ruido ni a los demás. Por un segundo, nunca mejor dicho, floto a la deriva.

UNO.

Sé que debo prepararme, pues el final de la cuenta atrás no es más que un principio. Recuerdo todo lo que nos explicaron: la aceleración, el sufrimiento físico. Veo que Clarice recoge el brazo y cierra los ojos; hago lo mismo.

El Sila V va a despegar un día antes de lo previsto, con una tripulación mucho más joven que la esperada.

CERO.

Y nosotras estamos dentro.

